

planetas de sus lunas, la tierra de sus soles, y se inundan en los espacios infinitos con sus mutuos vagos besos, y se buscan, y se miran, y se sustentan, y se mantienen unas á otras en la cerúlea inmensidad. ¿Quién le había dado fuerzas para, en su debilidad, arrestarse á desafiar la muerte antes que aceptar un descenso á sus propios ojos desde su pureza nativa y natural á los hondos abismos de las litúrgicas orgías? Pues quien le diera tal fuerza estaba indudablemente predestinado en los consejos celestiales á salvarla de aquel trance y concederle con amor la vida indispensable al cumplimiento de sus maravillosos destinos.

Pero al salir y ver que del oleaje de la muchedumbre ninguna mano salvadora salía en su auxilio, comenzó á creerse condenada ya inapelablemente á un suplicio cierto. Los cantos funerarios de los sacerdotes, que anunciaban su próximo paso desde su vida joven á su muerte perdurable, sonaban en los oídos siniestramente. Las humaredas de las fogatas de sándalo trepaban como nubes á las alturas, y su aroma trascendía por todas partes. No le quedaba más remedio que morir, y como no le quedaba más remedio que morir, cerró Kumarita los ojos como para hundirse desesperada en los abismos de la eternidad y en el no sér borrarse á la manera que se borra la gota de rocío

en la inmensidad insondable de los mares. Kumarita no tomó á la ligera su resolución en los días anteriores á la festividad litúrgica donde había de perder su pureza; la tomó con resolución de llevarla debidamente á término. Pero, joven y bella, el instinto de vivir se había sobrepuesto á todos sus instintos, impeliéndola en soberano impulso á esperanzas naturales en el ardor de su sangre y en la florescencia de sus ilusiones. Pero si la hora del suplicio á más andar venía, y el camino conducente á tan horroroso término se acortaba, no podía ella retroceder ni arrojarse por un retroceso nacido del miedo, como cayéndose de espaldas en brazos de una prostitución á cuyos horrores huyera por la puerta misma del sepulcro; definitivamente condenada por el hado, resolvíase á morir con heroísmo en una resignación suprema, siquier pareciese incompatible con sus ilusiones y con sus esperanzas juveniles. El cántico fúnebre redoblaba, subía el humo sacro, lloraban á todo llorar en torno suyo las jóvenes consagradas á Nari como ella, y no lucía por parte alguna en tal estruendo de sollozos y en tal estado de inevitable desesperación un asidero. Por consecuencia, Kumarita cerraba los ojos y se dirigía resueltamente al holocausto como quien se arroja desde grande altura en honda sima. Los brazos de sus compañeras la cercaban como para



detenerla, y los sollozos esparcidos en los aires le decían cuántos afectos dejaba en este al irse para el otro mundo. Pero no había remedio, y un gesto de vacilación en su actitud, un paso atrás, un arrepentimiento tardío, cualquier síntoma de cobardía ó de recelo hubieranla perdido en el concepto y en el ánimo de aquellos que la rodeaban, y hubieranla hecho pasar por una especie de mentirosa, muy resuelta de suyo á morir cuando veía la muerte lejos y muy cobarde al acercarse á sus huesosos brazos. Impelida por tal pensamiento, lanzóse la virgen india con resolución al sitio donde la hoguera se levantaba, y salvó las escaleras conducentes á la pira con una resolución como no la mostrara igual jamás al subir las gradas del altar para ofrecer á sus diosas los incruentos sacrificios.

El grito de las muchedumbres mientras Kumari-rita subía las gradas espaciosas del horrible patíbulo ensordeció los aires con sus tonantes fragores. Diríase que había sacudido las plantas, según el número de aves alzadas á una de sus follajes, las cuales formaron pasajeras más espesísima nube que puso algún paño de sombras en el suelo. No podía cumplirse con más repugnancia el horror de una liturgia implacable. No podía mostrarse mayor afecto á una jóven, criminal á los ojos de una religión cruel, y á los ojos de la conciencia y al espí-

ritu de sus leyes eternas purísima de toda pureza. Ya estaba cerca del fuego cuando una voz imperiosa del jefe de los brahmanes la detuvo. En efecto, habíase á la consumación de aquella terrible ceremonia suscitado un reto verdaderamente formidable. Iodlah, el rey vasallo, acababa de surgir, como por milagro, pidiendo en fórmulas sacras, concordes con los ritos, la mano de Kumari-rita, virgen á Neri consagrada, que siendo esposa del rey, podía también ser sacerdotisa del sol sin perturbar las leyes litúrgicas ni contraer aquella tremenda responsabilidad por la cual iban á infligirle con tan tremendo castigo su pena irreparable. Tanto como fuera de siniestra la exclamación anterior del pueblo fué de alegre la subsiguiente á este resplandor de verdadera esperanza. Los brahmanes mismos, aquellos á quienes más importaba un cumplimiento severo de las costumbres litúrgicas, quedaron como petrificados en su puesto y no supieron qué hacer para empujar el sacrificio á su término, reconociendo superior á todo su poder y á todo su antiguo influjo la soberana hermosura de Kumari-rita. El momento aquel fué de una indecible ansiedad para los concurrentes. Ardían con fragor y con viveza las leñas olorosas. Los atizadores sacros continuaban aderezando con largas horquillas el fuego litúrgico para que aguardase y recibiese la



víctima. El cortejo de vírgenes, que acompañaban á ésta en su procesión doliente, acababan de postrarse todas á una en tierra bajo la pesadumbre de numerosas emociones, muy superiores á sus fuerzas. Los brahmanes, que, á pesar de su admiración por Kumarita, estimaban en más el guardar su propio culto y las supersticiones á él consiguientes que acorrer á tan hermosa joven, parecían como fuera de sí por absortos en la contemplación de tal escena. Y, en medio de ellos, levantando como un trofeo su cabeza real sobre todos, veíase al rey, vestido con las vestiduras indicativas de su dignidad, tendiendo la mano á la joven para sacarla del abismo y unirla consigo en eternas amorosas empresas. ¿Qué haría la doncella? Todo el mundo la miraba y seguía con anhelo creciente las fases presentadas por su rostro, en cuya hermosa y franca expresión se traslucían todas las interiores emociones de su alma. No hay que dudarle; en el primer ímpetu de aquel corazón generoso predominó el más tierno y sincero agradecimiento. En el borde mismo de la muerte le alargaban una mano piadosa y salvadora; no había más remedio que bendecirla. Kumarita cumplió este deber primero como cumplía todos sus deberes.

Pero el rey vasallo no podía ofrecer á la sacerdotisa de Nari un amor tal como el por ella soñado

en los primeros despertamientos de su corazón y en las primeras albas de su inteligencia. Las muestras que de su pasión diera en el acto de proclamar Kumarita su resuelto suicidio, lejos de atraerle aquel amor purísimo de la casta doncella, le atrajo su desprecio. Aria, profundamente aria, profesaba Kumarita por instinto el culto á un solo amor, y no comprendía la unión de su vida con otra vida por el tosco lazo de sensualidades groseras, sino por el espiritual de afectos puros y tiernos, en los cuales el fuego de los sentidos se apagase á los soplos del alma. Firme, firmísima en tal resolución, el matrimonio con quien la demandaba en aquel momento parecíale continuidad tristísima de las prostituciones rechazadas por su conciencia en los senos del templo, aunque prescritas por la liturgia y sancionadas por la costumbre. Así es que rechazó la oferta, después de haberla profundamente agradecido, y subió las gradas que al patíbulo conducían sin volver de nuevo la cabeza. Terrible clamor llenó los aires otra vez lanzado por las compañeras de Kumarita, que acababan de saludarla rediviva y la veían ya en aquel instante muerta dentro de la voraz hoguera. Pero, al tocar las llamas, un clarín sonó, y en sus acentos debía contenerse tal voz de imperioso mando, que los brahmanes arrancaron la joven al ara, salvándola instantá-



neamente de una muerte segura y próxima. En efecto, apenas el clarín había sonado cuando apareció albo y sacro elefante, llevando en su lomo deslumbrador palanquín, parecido á un áureo santuario. Y apenas el animal reservado á los dioses habíase hecho lugar entre tantas muchedumbres como rodeaban la pira, cuando apareció el rey Agastya y designó á Kumarita por su esposa. Esta designación realizaba el sueño de su vida, porque la joven había leído en los ojos del monarca una pasión bien pura y bien distante de la que centelleaba en los ojos torvos y siniestros de su rival. Aquellos presentimientos dulcísimos, que asaltaron el corazón de la virgen hermosa en varias ocasiones, acababan de cumplirse por completo, y un amor puro y santo surgía del terrible sacrificio.

Inútil decir cuán felices fueron los esposos. Kumarita siempre apareció como una reina verdadera en el trono, como una diosa en el hogar. Conociendo cuánto su origen humilde la dañara, y cómo debía obtener de las viejas supersticiones un difícilísimo perdón, allá en las alturas no sintió nunca los fáciles vértigos de la soberbia, sino los dulces llamamientos de la caridad. Gobernaron los dos reyes como si fueran una sola personalidad en los consejos, y combatieron juntos y confundidos en los campos. Kumarita pareció un monarca de regia

cuna y de no menos regia educación en el mando, y fuerte amazona de larga lanza y soberanos ímpetus en el combate. Sus vasallos sintieron bien pronto el alivio á todas las pesadas cargas transmitidas por añejos abusos, y sus dominios se dilataron en mayores y más preciadas conquistas. Pero, cual todos cuantos alcanzan un premio á su mérito, rodeáronla en grande muchedumbre terribles enemigos. Las tres fuerzas mayores de aquella sociedad, los brahmanes, los guerreros, los comerciantes, suscitábanle toda suerte de obtáculos, porque había saltado sobre los abismos y puestóse á la cabeza de clases muy superiores á la ínfima en que naciera. Necesítase combatir con las viejas supersticiones de algún modo para saber todas las asechanzas que os ponen y todas las heridas que os abren si llegan á creeros sus contrarios. De tal situación dimanó el principal mérito en aquella mujer extraordinaria. La primera en subir desde los hondos abismos sociales á cimas inaccesibles para ella y para su estirpe, no se ufanó á tal milagro, procediendo con toda la circunspección propia de su alta dignidad, pero también con toda la modestia exigida por su origen y sangre. Mucha debió ser su hermosura cuando queda todavía el recuerdo y el nombre tras siglos de siglos en los desiertos que han devorado su ciudad y escondido bajo las zarzas y las raíces



hasta su más enormes ruinas. Pero si alcanzó la hermosura de tal mujer poderío bastante para que los reyes se vieran obligados á bajar hasta los sudras, la inteligencia debió en ella ser mayor todavía, cuando pudo salir ilesa de tantas supersticiones tendidas como serpientes á sus piés y sublevadas en contra de su virtud y de su fortuna.

Pero una venganza terrible la esperaba. Iodlah no pudo jamás olvidar, ni la inferioridad en que se hallaba constituido bajo el rey superior, ni los desaires de que le había hecho la reina víctima depreciando su nombre y huyendo ante todo aquel pueblo de su amor y de sus nupcias. Kumarita se había impuesto á los enemigos interiores, fácilmente subyugados por la suma de sus prendas; pero no había podido imponerse, no, al enemigo exterior, que soñaba con su desquite, y lo apercibía minuto tras minuto, año tras año, sin idear ninguna otra cosa, sin tener ningún otro propósito, concentrando toda su actividad en este solo punto. No pertenecía la pasión del monarca desairado á esas intensísimas, pero fugaces, que relampaguean un minuto y luego desaparecen; pertenecía más bien á las porfiadas y tenacísimas que tienden su telaraña instante por instante, con labor diminuta pero tenaz, y sin llegar á comprender nunca ni el retroceso ni el cansancio. Así había, poco á poco, forma-

do una federación en armas de los montañeses próximos á sus dominios, apercibiéndolos con prolijas enseñanzas y largos preparativos á una guerra en sentir suyo inevitable. Sumados los celos con las ambiciones en aquella naturaleza de rey primitivo y bárbaro debían generar cóleras tan terribles como cualquier plaga natural de las que guardan tierras y aires en sus respectivos abismos. Como Iodlah reunía con ímpetu de guerrero precauciones de político, aguardaba la suya sin retraerse ni mucho menos cansarse por la tardanza. Lo que, allá en sus propósitos y en sus planes, buscaba él con mayor ahinco, era la seguridad infalible y la exactitud matemática de su desquite. Por tal razón, había logrado establecer confederaciones de pueblos tan á la callada y en sigilo como si fueran una conjuración de individuos. Sus mensajeros y correos atravesaban leguas y leguas conduciendo múltiples órdenes. Sus embajadores y ministros se constituían como secretos esbirros ó como escuchas fáciles junto á los jefes de las tribus guerreras. Sus trabajos en la confederación de fuerzas seguían y perseveraban todos á una grandísima constancia; pero nada trascendía de todo ello, profundamente oculto por aquel carácter, al mismo tiempo que fuerte y valeroso, precavido y sagaz, en una conspiración taimada sin precedentes y sin ejemplo.




Dióle Agastya pretexto al caudillo y facilidades con una expedición emprendida cuando él se imaginaba más poderoso y más fuerte. Con motivo de haberse una región, conocida con el nombre de Lauka, sublevado, partióse con gran golpe de gentes hacia ella, dejando el gobierno de la corte á Kumarita, pero con escasa guarnición y defensa. Tal momento escogió su enemigo vasallo para expedir contra la ciudad predilecta del sol todas las fuerzas bárbaras y cuasi salvajes que había reunido su odio. Aquella invasión terrible no era tanto el ingreso de un ejército en campaña como la irrupción de un pueblo ansioso por acabar con otro pueblo y sustituirlo y reemplazarlo sobre su antiguo territorio, después de haberlo, no solamente vencido, extirpado también. Familias enteras iban á una con sacos apercebidos á guardar el botín y las cabezas de sus enemigas gentes; sobre carros de guerra amontonábanse los ídolos con los pertrechos y con los armamentos; corrían los caballos como si fuesen los cuervos que siguen á todas las legiones en guerra, según lo voladores y feroces, pues no pasaban todos aquellos combatientes por ninguna parte sin dejar tras sí una siembra de ruinas enormes, sobre las cuales hedía la matanza y flameaba el incendio. Imaginaos cómo se acercaría tal tromba de muerte á la desguarnecida capital donde rei-

naba Kumarita, sin la compañía de su esposo en aquel momento, sin guarnición y sin defensa. Los instintos sensuales habíanse al cabo de tantos lustros en él sobrepuesto á los instintos ambiciosos, y no pensaba tanto en ganarse la corona del rey como el cuerpo de la reina. La vergüenza pasada en el pie de la pira, sus impacencias un día por el goce de su amor en los templos orgiásticos, la rabia de verse pospuesto á un rival afortunado, los celos que le habían hecho morderse á sí mismo como un tigre hidrófobo, todo cuanto había padecido con los desdenes de aquella mujer ingrata para él y á su enemigo rendida, todo se le apareció como cebo natural á la venganza que perpetraba frente á tan terrible irrupción, tras la cual no debía quedar en los suelos ni el pueblo de Kumarita.

Así la primera intimación del soldado feroz no se dirigió á la reina, se dirigió á la mujer. Acampado ante los muros altísimos de la ciudad del Sol, envióle numerosos heraldos con reclamos de paz y de armonía. Todo aquel aluvión de gentes feroces volveríase atrás con tal que la esposa de reyes, madre de príncipes, concediese, al fin de tantos lustros, aquel amor que no había querido conceder la sacerdotisa de Nari en la primavera de su existencia. El caudillo había concitado tales iras, y reunido tantas muchedumbres, y puesto la tea incendiaria



en manos tan exterminadoras, no por conseguir más poderes, que nada importaban á su hastío, ni por agrandar territorios, que nada pesaban en su ánimo, desligado ya de las juveniles ambiciones, sino por sed hidrópica de amor que deseaba extinguir en sus labios. Cediendo Kumarita, la irrupción se acabaría como fugaz tempestad del estío. Las pasiones humanas jamás llegan á desengañarse cual se muestra por Iodlah, quien pretendía conseguir de reina, esposa y madre, lo no conseguido en otro tiempo de la pobre y modesta doncella, consagrada por los vicios de una liturgia corrompida y por las supersticiones de un sacerdocio degradado al amor de todo el mundo. En cuanto recibió la reina el mensaje convocó á sus generales para que le dijese si había resistencia. Bajando éstos la cabeza con desesperación, le anunciaron que sólo había ó la entrega ó la muerte. Y entonces Kumarita reunió sus ídolos en el regio palacio, con sus ídolos toda su prole, y pegando fuego al edificio por los cuatro costados, llevó al mensaje audaz la debida respuesta con los relampagueos y con las cenizas del incendio. Así acabó aquella gloriosa heroína de la castidad y del honor.



## KOUANYIN

Faltaría en este museo un retrato si faltara un ejemplar, á lo menos, de cuánto significa la mujer en el imperio chino. Como tal raza y tal pueblo hanse de antiguo empeñado en quedarse aparte y solitarios en el mundo, la historia humana, de cuyo seno han huído, el espíritu universal, á cuyo vivificador aire han renunciado, los tienen todavía en grande menosprecio y no saben considerarlos cual suelen á otras naciones de menos importancia social. Con decir que libros históricos dedicados á presentar los desarrollos principales de nuestro espíritu en la tierra prescindan del pueblo é imperio chinos, omitiéndolos por completo cual si estuviera su espacio fuera del planeta, su nombre fuera del género humano, con decir esto hase dicho todo. La muralla levantada en derredor de lo que denominan ellos la tierra de en medio, esa muralla colosal, titá-